



**HIJA
HERMANA...
MADRE**



09

María era una mujer de trece años.

Alguien, hacía ya muchos años, le robó el derecho a su infancia. En realidad le robó todos sus derechos... sin ella saberlo.

Pero ahora, con los trece años recién cumplidos, recuperó uno de los únicos derechos a los que siempre tuvo acceso, al derecho a tener miedo.

Siempre lo tuvo, pero ese miedo no dejaba de ser como la ropa que se ponía, o como la llegada del día, o de la noche... algo contra lo que no valía la pena luchar porque, simplemente, no se podía.

En ese momento, en cambio, María sentía un miedo especial, diferente, un miedo que la hizo tan fuerte que la capacitó para enfrentarse a él.

Pero María no podía terminar de creer que fuera a hacerlo.

Al verse frente a ese espejo se vio diferente. Nada importaba el murmullo atronador de la calurosa sala, ni siquiera todas esas inquisitorias miradas que trataban de instilarla... En ese momento solo importaba salvarles, aunque con ello alcanzara su propio final.

Ya no podía dar marcha atrás.

No era allí donde ella hubiera querido estar – ni ella ni nadie - pero tenía que hacerlo... Aunque sintiera que moría de vergüenza y dolor, aunque todos la miraran con sorpresa y estupor, y aunque casi nadie creyera su historia, ella sabía que no le quedaba más remedio que permanecer firme y relatar todo y cuanto había estado viviendo, y todo y cuanto no se había atrevido nunca a contar a nadie.

Y no lo hacía por ella. Ella ya había sido derrotada y no podría escapar del calvario que representaba su pasado y que había dibujado también ya los designios de su futuro.

Lo hacía por ellos, por esos cuatro enanos a los que siempre cuidó como si fuera su madre, a pesar de ser sólo su hermana mayor, y que la miraban, escondidos entre la multitud de la sala, como solo se puede mirar a un héroe... aunque sea proscrito.

Contar con el apoyo de esos enanos por los que daría la vida, y a los que pronto abandonaría, le era vital.

La única pena era que ellos eran aún muy jóvenes y no entendían... al menos la mayoría.

Por una vez se sintió segura del futuro. Sería él quien hablaría por ella, y entonces sí que comprenderían... y perdonarían.

Mamá seguramente no la habría apoyado, pero donde ella estaba nada importaba ya.

Y allí, sentada en ese estrado, a la espera de las primeras preguntas, volvió a recordarla.

¡Mamá... siempre mamá y esa enfermedad que la iba consumiendo poco a poco!

La conoció tan poco que apenas si la recordaba... Siempre estuvo en la cama, mañana, tarde y noche, pero siempre la quiso.

Cuando se recuperaba de un parto volvía otro. Y así durante trece años en los que apenas salió de su oscura habitación, siempre en silencio.

Papá decía que no podían gritar, ni apenas jugar porque mamá tenía que descansar.

Y María se hizo mamá, y tuvo que limpiar, y hacer de comer, y cuidar de sus hermanos que iban naciendo, y...

Así empezó todo.

Sentada frente a ese espejo que le separaba de él, recordó aquella primera maldita frase que salió de boca de papá, aquella terrible noche de su sexto cumpleaños.

Aún podía recordarle perfectamente, tumbado junto a ella en su cama.

- Tú eres una buena hija y no querrás que mamá sufra más de lo que ya sufre ¿verdad hija mía?

- verdad, papá – dijo la inocente María mientras papá jugaba con ella y con su frágil cuerpo, haciendo esos extraños ruidos que solía hacer con mamá en esas noches en las que se encontraba bien

- Y como eres una buena hija, de esto que hemos hecho en esta camita ni una palabra a mamá ¿vale? - asintió, alejándose, sin saberlo, de la inocencia

Asintió y lloró. A la noche siguiente también asintió y lloró, y a la siguiente... Y durante muchos meses, y después años, siguió asintiendo, pero ya no lloraba.

Calló demasiado tiempo porque apenas entendía lo que estaba pasando en esa cama.

Papá era al fin feliz, o lo parecía, y ella disimulaba.

Cuando papá se iba de su habitación era cuando lloraba porque le dolía.

A ella no le gustaban sus juegos, pero esas palabras eran casi sentencias, y no quería hacer más daño a una mamá que ya sufría de por sí.

Por suerte mamá murió sin saber nada. O eso esperaba... o deseaba...

Al principio lo deseaba por ella. Ahora, por ambas.

Si mamá sabía todo ¿qué le quedaba a ella? ¿acaso no tenía también derecho a tener su ángel de la guarda, vigilando por ella desde el cielo?

Si mamá hubiera sabido todo, sus esperanzas se desvanecerían... Nada le quedaría.

Por eso estaba sentada en el estrado, mirando a esos pequeños a los que tenía que salvar, dibujando – o intentándolo al menos – paisajes de perspectivas oscuras y funestas que residieron en su niñez y que, por fin, iba a dejar escapar...

Como pasó aquella noche de su cumpleaños en que el Peter Pan del cuento de su vida fue derrotado por Garfio, y ella dejó de volar junto a Campanilla...

... para alejarse de su país de Nunca Jamás.

